

La política por otros medios: espectáculo y cesarismo del siglo XXI¹.

Colette Capriles

Graduada en psicología social en la Universidad Central de Venezuela, con una maestría en filosofía de la Universidad Simón Bolívar, donde es profesora de pre y postgrado en las áreas de ciencias sociales y filosofía política. Trabaja actualmente en una tesis doctoral en filosofía sobre el tema de las teorías de la tiranía. Ha trabajado en la administración pública en programas de política social y política cultural. Su trabajo *La riqueza de las pasiones: la filosofía moral de Adam Smith*, recibió el premio de investigación filosófica *Federico Riu* en 2001. Fulbright Scholar, 2003.

En 2006 recibe el premio Enrique Otero Vizcarrondo al mejor artículo de opinión del diario *El Nacional*. Publicaciones recientes: "Los idus de abril", en Luis Carlos Díaz (coord): *Golpe al vacío* (Caracas, Editorial Lugarcomún, 2012); *La máquina de impedir, crónicas políticas*, (Caracas, Editorial Alfa, 2011), "Teorías de la democracia: incertidumbres y separaciones" (*Apuntes Filosóficos*, 36, 2010); "The politics of identity" (*ReVista. Harvard Review of Latin America*, Fall 2008), "La angustia de las definiciones", en G. Castro: *Debate por Venezuela*, (Caracas, Editorial Alfa/FACES-UCV, 2007).

Resumen

En lo que sigue sostengo que, cada vez más, la dimensión espectacular de la acción política del gobierno de H. Chávez ha venido apareciendo como evidencia de una *estructura* populista de corte *cesarista* que neutraliza la esfera de lo político e implica desplazamientos en el significado de la democracia, no sólo en el caso venezolano sino en general. Voy a referirme primero, al *aggiornamento* populista, para precisar el elemento de la *visibilidad* en el populismo; segundo, al cesarismo como política del espectáculo; luego, al cesarismo como "forma" democrática y a la operación de mitologías democráticas y cesaristas en Venezuela.

Palabras clave: *Populismo, Cesarismo, política del espectáculo, proto- democracia, mitologías de la democracia*

Abstract:

In the following article I sustain that the spectacular dimension of the political action of Hugo Chavez' government has been appearing more and more as an evidence of a populist structure of caesarist tendency that neutralizes the political sphere and implies changes in the meaning of democracy, not only in the case of Venezuela but in general. I shall refer, firstly, to the populist *aggiornamento* to precise the element of visibility in populism; secondly, to the caesarism as the politics of spectacle; finally to caesarism as a democratic "form" and to the operation of democratic and caesarist mythologies in Venezuela.

¹ Este texto está basado en una presentación hecha en el XXVIII Congreso de la *Latin American Studies Association*, Rio de Janeiro, Junio 11-14, 2009, parcialmente financiada por el Decanato de Investigación y Desarrollo de la Universidad Simón Bolívar, Caracas.



I. Populismo antiguo, populismo redivivo

Tras trece años en el poder, el gobierno de Hugo Chávez sufre una paradoja: mientras alimenta su aspiración de convertirse en régimen consolidado y longevo, ha sufrido una serie de metamorfosis que dificultan la tarea de taxonomía política que corresponde efectuar. Su *forma* discursiva ha ido variando desde el constituyente legalista hasta un estalinismo desnudo, en lo que resulta ser una ruta hacia un cada vez mayor radicalismo dogmático y el abandono del marco constitucional. Sin embargo, su *estructura*, a mi modo de ver, está constituida en lo fundamental por un estrato populista profundo cuya exploración es necesaria para acercarse a los nuevos sentidos con los que se impregna la idea de democracia, una idea que no ha sido totalmente abandonada a través de aquella serie de transformaciones discursivas que ha sufrido el régimen de Chávez, pero que escapa ya de la caracterización institucional y política que corresponde al modelo democrático.

En efecto, la tematización del populismo latinoamericano, del cual el chavismo sería un ejemplo vivo, ha retornado en los últimos años a la escena teórica mediante una especie de *aggiornamento normalizador*: un intento de rearticular la crítica de la democracia representativa mediante la des-culpabilización del concepto de populismo, reformulándolo como

democracia radical mediante un complejo dispositivo teórico de inspiración estructuralista, como es notablemente el caso de la obra de Ernesto Laclau (2005, 2006)². Esta reconceptualización del populismo termina por admitir –o requerir, más bien– la figura del líder carismático (el “nombre que ocupa el lugar del significante vacío”, en lenguaje de Laclau) como par dialéctico *inevitable* de la irrupción de la voluntad *visible* del pueblo.

Es de esta relación de visibilidad entre el líder y el pueblo que quisiera ocuparme. Algunas teorizaciones contemporáneas sobre el populismo olvidan, al parecer, que se trata de un fenómeno considerado y tipificado desde las primeras (y a mi modo de ver, esenciales) elaboraciones acerca de la vida política. El hallazgo tal vez fundamental de la antigüedad fue haber concebido la posibilidad y la necesidad de una unidad del cuerpo político (*la res publica*): es esta unidad la que se ve amenazada por la ruptura populista (porque el momento populista es siempre un momento de ruptura con un estado anterior). Esta ruptura, o mejor dicho, esa escisión entre pueblo y élite en la que los intereses de uno y otra se redefinen como contrapuestos, revela la pérdida de la idea de bien común y de la unidad de la *polis* (Delsol 2007). Pierre-André Taguieff (1996) concluye que el populismo se organiza discursivamente como una mitolo-

2 Ver Capriles (2007) para una crítica de esta perspectiva.

gía, un aparato productor de “una ilusión fundada en la tachadura de las relaciones de fuerza y dominación, mediante la exhibición de evidencias relativistas...para idealizar las identidades culturales del pueblo” (p. 70). Esta idealización, podríamos sugerir, intenta precisamente recuperar la unidad perdida por el momento de ruptura populista.

La tensión permanente a la que es sometida la unidad de la *polis* es metabolizada, en las antiguas repúblicas, organizadas en torno a la idea de igualdad cívica (pero no de igualdad social), como una *competencia* de los actores políticos en la escena cívica por los favores del pueblo. El universo discursivo de la república antigua se llena de conceptos que articulan la visibilidad de la competencia cívica: la virtud del gran hombre, la gloria como premio republicano, la *dignitas* conferida por el pueblo, las ceremonias del triunfo escenificado como entrada del vencedor a la ciudad, la representación masiva del sacrificio a los dioses (Bell 2004).

Es constitutiva del espíritu republicano la creación de un espacio público de validación del poder en el que pueblo y mandatario se cortejan mutuamente. Pero lo más importante: todas estas actuaciones provienen del amplio y antiguo repositorio ceremonial ligado al culto religioso que formaba el centro vivo de la *polis*. La fiesta cívica se instituye sobre y a través de rituales que le preexisten y que son recuperados, re-significados y politizados, precisamente. Nunca pierden su carácter religioso (no existe, en la antigüedad, la experiencia de una sociedad laica), pero las ceremonias celebran la conexión entre la vida de la ciudad y la vida de los dioses, testigos últimos de la vida civil. El triunfo, ese espectáculo en el que el general vencedor volvía a la ciudad para representar su victoria ante el pueblo, acercaba la multitud al poder, y al mismo tiempo acercaba el poder de la ciudad a lo divino, en la medida en que el victorioso general era dignificado con los atributos de los dioses: la corona de laurel, o la procesión con su efigie en medio de las de los dioses. La fiesta cívica romana suponía la distribución de comida y vino a la multitud, bajo condiciones espectaculares, como ejercicio de una convivialidad dictada por la moralidad republicana: frugalidad en lo privado pero magnificencia en lo público. Ello se prolongaba en instituciones que Paul Veyne (1976) ha descrito utilizando el concepto de *evergetismo*, de la generosidad privada hacia los *hoi polloi* (los muchos), y las formas clientelares propias del sistema electoral romano.

La legitimidad del gobernante tendría entonces una fuente lejana y una inmediata, por así decirlo: algo debe unirlo al pasado y a la tradición; algo debe, al mismo tiempo, actualizarlo y diferenciarlo de ella. Así ocurrió en el caso de César, pero no para celebrar su estatus como miembro principal de esa *res publica*, de la comunidad de iguales, sino para marcar esa diferenciación individualizándola y acabando, en consecuencia, con el espíritu de la competencia entre las élites por la preferencia popular. Empero, lo notable de Julio César no fue principalmente su ambición o sus realizaciones políticas, sino la creación deliberada de una estética del poder que le fue propia, desde el cuidado de su apariencia hasta la actualización del uso del antiguo aparato ceremonial de los reyes romanos (en abierto desafío al espíritu republicano). Y centralmente, su articulación con la religión romana, a través del uso de los signos de la divinidad: estatuaria, asientos de honor, sacerdotes dedicados a su culto, etc. Con ello alcanza su término la república: la ruptura populista se produce por la vía del reemplazo de la representación cívica por la representación religiosa, que concibe al pueblo no como parte de una comunidad política sino como un testigo de la elección que los dioses hacen para dirigirlo y salvarlo a través del César. El final de la república es el resultado de la despolitización de las instituciones cívicas.

II. Cesarismo como política del espectáculo

Ni la política del espectáculo ni el populismo son, pues, fenómenos modernos. Pero adquieren un nuevo sentido con el advenimiento del republicanismo moderno y más aún con la idea de una república democrática. Su forma, por antonomasia, es la del llamado cesarismo y su momento, el régimen de Louis Napoléon Bonaparte a partir del golpe de Estado de 1851. La discusión sobre la naturaleza paradójica del cesarismo comienza de inmediato: las instituciones republicanas que permitieron el acceso de Bonaparte al poder como presidente elegido permitieron, del mismo modo, la metamorfosis de la república en un imperio sostenido democráticamente, es decir, sostenido sobre *algunas* instituciones propias de la democracia: sufragio universal, descentralización, sistema de representación popular (Hazareesingh 2004), que operaban en el seno de un régimen autocrático, militarista, autoritario y plebiscitario.

No entraré a discutir la cuestión crucial, que es si el cesarismo es un fenómeno adosado a la democracia, en el sentido de que ésta lo lleva implícito como

una de sus sombras, o de si se trata de una formación eventual, episódica, que ocurre bajo ciertas condiciones históricas (Baehr y Richter 2004). A mi modo de ver, el cesarismo se inserta en dos dimensiones críticas de la democracia: el problema de la representación política y el de las formas de legitimación. Max Weber, por ejemplo, sugiere que la democracia de masas conduce necesariamente al cesarismo, puesto que su "técnica específica" es el plebiscito: "Cualquier tipo de elección popular del líder supremo y, más allá, cualquier tipo de poder político que descanse sobre las masas y no sobre el parlamento (...) se encuentra en el camino de esas formas "puras" de aclamación cesarista". Sin entrar, repito, en esta discusión, valga anotar que en el caso de Hugo Chávez, éste, desde su primera aparición en la escena pública, ha construido plebiscitariamente su esquema de legitimación, negándose a las instituciones representativas. Y podríamos aventurarnos a conjeturar que la legitimación plebiscitaria se hace posible porque ya hay, como decíamos en el caso del populismo, una ruptura de la relación de representación entre los actores políticos y el pueblo al que representan, que es lo que resumidamente ocurrió en Venezuela a partir de la disolución del esquema de Punto Fijo (Levine 2002).

Lo que quiero destacar en esta oportunidad es el uso y valoración del espectáculo político como estrategia cesarista ante estas dos fundamentales cuestiones, que constituyen la divisoria de aguas y fuente de todo malentendido con respecto a las distintas concepciones del régimen democrático, especialmente la distinción entre democracias representativas y las llamadas eufemísticamente "populares".

Para ello, el bonapartismo de Louis-Napoléon ofrece un caso de estudio inigualable, considerando la irrupción de las masas en política (particularmente ostensible a partir de los hechos de 1848) a través tanto de la demanda de sufragio universal como de la entronización de la opinión pública como tribunal del pueblo. Lo que se ha dado en llamar la *fête impériale*, la fiesta imperial, constituyó un vasto dispositivo de "solidaridad sin consenso" (David Kertzer, citado por Truesdell 1997), es decir, de puesta en escena de elementos simbólicos a través de una liturgia civil que apela a la emocionalidad de lo nacional o de las identidades básicas, que recurre a la historia como fuente de legitimación, y que funciona para hacer visible la popularidad, es decir, el amor del pueblo hacia el mandatario y el de éste por su pueblo (Truesdell 1997).

El bonapartismo recurrió a varias tácticas de *visibilización* de las que sólo voy a enumerar unas pocas, tal como nos las presenta Truesdell, considerando que son relevantes para el análisis de la "política del espectáculo" como estrategia para asegurar el vínculo cesarista entre masas y líder :

1. La creación de nuevas fechas patrias que cumplen una función paradójica: por una parte pretenden unificar a la nación sobre la base de una tradición histórica común (en este caso "los principios de 1789" pero con el orden y la autoridad monárquica del Antiguo Régimen), pero por otra parte, causan una división entre los adictos al régimen y quienes impugnan esa invención de la tradición.

2. La puesta en escena de la liturgia civil que materializa, mediante símbolos y rituales, la voluntad nacional del pueblo unido, que forma parte de ella y adquiere a su través una experiencia del ejercicio de la soberanía popular, que a su vez se encarna en la persona del gobernante.

3. Se establece una continuidad entre esta "representación" de la soberanía popular en la fiesta pública y el ejercicio plebiscitario de esa misma soberanía: el voto es la continuidad del espectáculo y viceversa. En el caso que nos ocupa, Truesdell describe cómo la celebración de un *Te Deum* en Notre Dame, en ocasión de la victoria del *Sí* en el plebiscito de 1851, estuvo ampliamente adornada con blasones con el *Sí* triunfador.

4. El uso de consignas y *slogans* emotivos ("*L'empire, c'est la paix*"), casi todos de la autoría del mismo Bonaparte, que se acompaña del empleo de grupos contratados para vocearlos en las ocasiones públicas.

5. El control, y luego prácticamente el monopolio del espacio semántico y de sus habitantes, es decir, de la prensa escrita. Periódicos y revistas subsidiados por el gobierno se convertían en cajas de resonancia instantáneas de las celebraciones y de las giras presidenciales, a tal punto que éstas parecían sobre todo eventos destinados primariamente a ser reproducidos en tales medios. Periodistas y editores eran continuamente invitados y liberados de todo gasto para asistir a las celebraciones. Y la censura para la prensa de oposición, ya fuera conservadora o demócrata social, se puso en práctica través de una serie de leyes restrictivas.

En todas estas tácticas espectaculares, hay tres líneas "argumentales" que se destacan como "mitologías *prêt-à-porter*" y que resumo: en primer lugar, la puesta en escena de la prosperidad como atributo

nacional. En segundo lugar, la exhibición del poder militar como parte del gobierno civil. Y en tercer lugar, lo que podría llamarse una “política de la sinceridad”, protagonizada por los actos de caridad que la Emperatriz Eugenia llevaba a cabo de forma personal, especialmente en momentos trágicos como la epidemia de cólera de 1865.

Estos tres temas mitológicos se reencuentran en la Venezuela del siglo XXI (como podrían identificarse también, por ejemplo, en el primer peronismo), y volveré luego sobre ellos. Hay que subrayar el masivo efecto despolitizador del cesarismo moderno: estas prácticas de visibilización del poder colocan a quien lo ejerce por encima de la política (es decir, por encima de la deliberación y diferencia política), y facilitan la construcción de una jerarquía de “realidades políticas”, una escala ontológica propia, en la que el espectáculo tiene mayor entidad, mayor grado de realidad, que las instituciones representativas y deliberativas formales, o que las instituciones en general.

III. El cesarismo como proto-democracia

En Venezuela se escribió una página polémica de lo que podría ser una teoría política latinoamericana: la tesis del cesarismo democrático, de Laureano Vallenilla Lanz (1929). A despecho de sus pretensiones teóricas esta tesis fue recibida como una justificación ideológica del muy longevo régimen del general Juan Vicente Gómez, entre 1908 y 1936. El análisis que se le debe escapa a este espacio, pero quiero resaltar un par de definiciones del propio Vallenilla con el objeto de enfatizar la criollización del concepto de cesarismo mediante la introducción del elemento igualitario como constituyente de la idea de democracia.

Conservando los rasgos esenciales del cesarismo, es decir, la despolitización de lo público a través de la encarnación del pueblo en el hombre providencial, el texto de Vallenilla caracteriza el régimen cesarista como “la igualdad bajo un jefe; el poder individual surgido del pueblo por encima de una gran igualdad colectiva”. Siguiendo las constituciones “efectivas” que Vallenilla contrapone a las constituciones “de papel”, se trata del predominio de “un hombre prestigioso, consciente de las necesidades de su pueblo, fundando la paz en el asentimiento general y sostenido de la mayoría a despecho del principio alternativo” (Posada Carbó 2006).

Lo que es relevante aquí es que Vallenilla anticipa la construcción del mito democrático que tan intensamente marcó la atmósfera cultural y política de la

Venezuela del siglo XX, y lo hace asociándolo no a instituciones liberales (formas modernas de representación, y de limitación del poder) sino a la figura del César. Y la célebre polémica entre Eduardo Santos y Vallenilla Lanz que Posada Carbó señala tiene precisamente como núcleo el concepto de democracia: Santos acusa a Vallenilla de disfrazar su admiración por el cesarismo añadiéndole el adjetivo “democrático” para referirse, simplemente, a que el tal César es de origen popular, idea que no tiene nada que ver con la democracia como sistema de gobierno. Y Vallenilla le responde que él (Vallenilla) no cree que el pueblo venezolano sea democrático en ninguna forma: el César es una especie de delegado del pueblo, está investido de una representación de ese “demos” que, debido a su constitución racial y geográfica, no sabe cuidar de sí mismo ni tomar las decisiones apropiadas que exige un régimen democrático. En todo caso, lo típico del César es que a su vez “representa” el poder *frente* al pueblo. El César es un *espectáculo* del poder. La teoría de Vallenilla es una teoría del poder sin mediaciones.

Al margen de la evaluación que pueda hacerse de su tesis, Vallenilla detectó sin duda un “imaginario” que circulaba entonces en la sociedad venezolana. Habría entonces, históricamente, dos concepciones yuxtapuestas de la democracia en Venezuela. La democracia del siglo XX venezolano se edifica sobre la tensión entre el ímpetu institucionalizador de la democracia representativa (tanto en el llamado “trienio adeco”, 1945-1948, como a partir de 1958, con un sistema de partidos relativamente competitivos), y una concepción históricamente *inarticulada* de la democracia (lo que Gladys Villarroel (2003) llama el “programa jacobino”) que, durante los primeros años de instauración del régimen democrático pluralista, tuvo vínculos con las ideologías de la insurgencia comunista, compartiendo su repudio a las instituciones representativas, y el cual, a partir de la crisis del sistema democrático desde finales de los años 80, se alinea, en definitiva, con el esquema cesarista y la confusa discursividad radical de la que el chavismo se siente dirigente.

IV. Mitologías de la democracia y mitologías del cesarismo

La coexistencia de estos dos programas, el “democrático-representativo” y el “jacobino”, durante el siglo XX venezolano, ha ocasionado una ambivalencia en el significado de la democracia como régimen político: ambos, en efecto, se presentan como pro-

gramas democráticos, pero difieren radicalmente en su concepción del poder. La democracia representativa se fundamenta en la idea del poder distribuido y balanceado, mientras que el programa "jacobino" insiste en reivindicar el poder "unitario" y su ejercicio directo, sin intermediarios, por el pueblo, o por la ciudadanía. Es interesante notar que el programa "jacobino", si bien ha sido alimentado por la izquierda insurgente, no está ideológicamente delimitado: la visión tecnocrática conservadora también ha coincidido en este programa³, al desconfiar de la política y especialmente de los partidos políticos formales mientras se reivindica la figura del ciudadano apolítico como protagonista de la vida pública. Que el sujeto o agente político del programa "jacobino" sea el "pueblo", como lo enuncia el discurso de la izquierda, o que sea el "ciudadano", como lo quiere el discurso tecnocrático, no hace diferencia con respecto a lo esencial: la desconfianza en las instituciones mediadoras y distribuidoras del poder.

En efecto, como ha mostrado Juan Carlos Rey (2008) con su certero análisis de la relación entre liderazgos personalistas y democráticos, las dificultades para la consolidación de partidos *responsables* a partir del Pacto de Punto Fijo (el acuerdo político que permitió el retorno de la democracia después de la dictadura de Pérez Jiménez, en 1958), ocasionó el desarrollo de estructuras de poder personal para la figura presidencial que escapaban al control político de las instituciones (partidos o demás poderes públicos). Los partidos se volvieron más pragmáticos y se formó progresivamente una opinión pública antipartidista y antipolítica que, a su vez, contribuyó a la decadencia de las organizaciones políticas, favoreciendo, además, la re-emergencia del programa jacobino que había fracasado durante la insurgencia de los años sesenta, ahora bajo la forma del populismo carismático de Hugo Chávez.

No podemos en este punto detallar las metamorfosis gracias a las cuales ese líder carismático se ha transformado en un César mediático. Durante sus trece años en el poder, el proyecto político de Hugo Chávez se ha manifestado con diversas "formaciones discursivas": desde el populismo básico con adornos

socialdemócratas ("la tercera vía") hasta el actual "socialismo del siglo XXI" cuyas prácticas repiten el estatismo, el burocratismo y las formaciones oligárquicas propias de los extintos socialismos "reales" del siglo XX. Sin embargo, en este largo periodo, el personalismo y la concentración de poder en la figura presidencial se han desplegado gracias a la operación de ciertos mitos, de cierto imaginario, que, sugiero, forman parte del bagaje populista y cesarista, y que han *cooptado*, si se me permite la expresión, los mitos que favorecieron la institucionalización de la democracia representativa, a partir de 1958.

En efecto, la institucionalización de la democracia necesitó forjar su propio mito, su propia cultura política, edificada esencialmente sobre tres elementos (Dávila 2006): *primero*, la construcción del pueblo como sujeto político a través de la institución del sufragio universal; *segundo*, el nacionalismo económico como fundamento de una visión en definitiva rentista de la economía; y *tercero*, la "unidad nacional", el consenso democrático, como condición necesaria para la defensa contra la tiranía. Estos tres axiomas de la democracia siguen siendo referencias en la sociedad venezolana⁴, pero transformándose con nuevos ingredientes que recuerdan las técnicas del cesarismo bonapartista a las que antes me referí: exhibición de prosperidad, exhibición del poder militar como fundamento del poder público, y la "política de la sinceridad" que se describe mejor como una "política de la autenticidad". Tres estrategias de despliegue visible del poder, que emplean aquellos axiomas democráticos (que siguen así siendo funcionales para la cohesión social) pero los inutilizan políticamente, puesto que se ponen al servicio del ejercicio personalista del poder. Con ello se cumple también el principio de legitimación histórica que vincula al César con el pasado (épico) pero que le exige diferenciarse como vector de un futuro de salvación nacional.

De estas tres estrategias la que merece más atención es, seguramente, la "política de la autenticidad". De las dos primeras es fácil encontrar ilustración en los ya innumerables dichos y hechos, desde discursos hasta leyes, que acumula el longevo régimen de Chávez. Tómese por ejemplo la dimensión plebiscitaria que lo caracteriza: diez procesos electorales en otros tantos años de gobierno aseguran una puesta en escena permanente del "pueblo elector" que figura como sujeto político substancial en el mito de-

3 Resulta obviamente algo polémico reunir bajo la misma categoría a la visión conservadora y la radical: no es este el espacio para hacer las distinciones de rigor. Aunque es fácil localizar los referentes de la insurgencia, no lo es tanto hacerlo con los de esta tecnocracia conservadora que puede rastrearse hasta el gomecismo y que en mi opinión, tuvo, con el llamado grupo de los "Notables", que actuó durante la década de 1990, una expresión comprometida políticamente con la alianza que en definitiva facilitó la candidatura y la presidencia de Hugo Chávez Frias en 1998, lo que muestra que hay una comunidad entre una y otra visión en torno a la democracia y su "salvación".

4 Ver Colette Capriles: "Imaginario democrático: tensiones, oposiciones, continuidades". Versión preliminar preparada para el ILDIS, Fundación Friedrich Ebert, Caracas, agosto de 2009.

mocrático, pero la nueva ingeniería electoral desarrollada por el gobierno de Chávez, que tiene como fundamento el control estricto del registro de los ciudadanos, la manipulación de las circunscripciones y la militarización de los comicios, intenta transformar la participación electoral en episodios de un único evento de aclamación perpetua, como ejercicio de la “democracia directa”⁵.

En cuanto a la “política de la autenticidad”, no es posible describir aquí los matices de la dramaturgia presidencial, que se despliega, sobre todo, siguiendo las dimensiones formales y culturales con las que Walter J. Ong (1994) ha caracterizado el discurso oral en las sociedades tradicionales, en contraste con las sociedades que se valen de la escritura⁶. Un rasgo particularmente notable de esta “recuperación” política de la cultura oral es que los materiales oficiales que recogen las actuaciones y discursos presidenciales lo hacen sin introducir ninguna corrección formal y por el contrario, suelen resaltar la frecuente interacción informal entre el presidente y “su” público. El registro oral domina, pues, todo el universo discursivo del presidente Chávez, y tiene su punto de irradiación en el rito dominical de su programa televisivo, *Aló Presidente*. Las ocasiones más solemnes suelen ser “intervenidas” por ocurrencias del presidente o dramatizaciones de sus atributos personales: magnanimidad, compasión, generosidad, iracundia, mediante diálogos con personas del público o miembros de su gabinete ejecutivo. Con la excepción, naturalmente, de los eventos militares, que suelen presentarse con formalidades exageradas que ponen de relieve la supremacía del presidente como comandante en jefe de la Fuerza Armada.

Como ilustración de la presentación discursiva de esta “política de la autenticidad” valga este fragmento de uno de los mensajes presidenciales que anualmente se dirige a la Nación⁷: una obligación constitucional que se cumple formalmente en el recinto de la Asamblea Nacional con la presencia de las más altas autoridades de los poderes públicos:

Presidente Chávez Bueno, centros médicos de diagnóstico integral, esto es Barrio Adentro II, 479

5 Ver Miriam Kornblith (2007): “Democracia directa y revocatoria de mandato en Venezuela”. *International Conference Direct Democracy in Latin America*, 14-15 March 2007, Buenos Aires, Argentina. International Institute for Democracy and Electoral Assistance.

6 Las relaciones entre oralidad y política, en el caso venezolano, serán objeto de un artículo de próxima publicación.

7 *Mensaje anual a la Nación del Presidente de la República Bolivariana de Venezuela, Hugo Chávez*. Palacio Federal Legislativo, 13 de enero de 2009. Caracas, Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.

centros de diagnóstico integral están concluidos, una de las cosas que hay que hacer gobernadores, alcaldes y diputados y diputadas es acelerar la terminación de los que aún no se han terminado por ejemplo antier yo venía manejando por allá con el gobernador de Portuguesa el domingo después del programa *Aló Presidente*, por cierto que esa noche cené con pasta de arroz, se las recomiendo, mucho mejor que la otra, y si usted compara las vitaminas y todo, ah mucho mejor todavía, pasta de arroz de ahí de Portuguesa, la estamos fabricando ya, ¿no la has probado Darío?, te voy a mandar un potecito, pasta de arroz, le recomiendo la pasta de arroz, bueno, entonces me decía Castro Soteldo que por ahí, por Turén, por uno de esos pueblos más acá del Municipio Turén, de Bella Bruzual para acá hay un CDI que no se ha terminado porque no sé qué empresa hizo esto, hizo lo otro, no cumplió el contrato, yo le dije bueno, hay que hablar con el fiscal que está investigando, eh, y el caso hay que buscar la forma jurídica de que no se detenga, la forma de que no siga detenido, congelada la construcción del centro integral, que está investigando, bueno que se investigue, yo digo, se toman la foto, el video, los testigos y que siga la investigación y si hay que llevar preso a alguien pues que vaya preso, hay que atacar la corrupción en todos lados y en todos los niveles, sin contemplaciones de ningún tipo.

Asistentes [aplausos]

Presidente Chávez Ahora, es lo que me informaba Castro de una empresa que se fue y no terminó porque, bueno, no era de ahí, no aparece el responsable, están en eso investigando pero el CDI detenido, debería haber una manera en que se libere por necesidad, ¿verdad señora Fiscal? Claro, y así hay otros casos, hay que ir por el país esquina por esquina, corregir todas esas cosas en este impulso de las misiones permanentes.

Bueno, sigo aquí, fíjense ustedes esto que casi nunca se dice, lo que voy a leer ahorita casi nadie lo sabe, por eso es que es bueno este informe todos los años, el 2019 tendré que venir con un bastón por ahí para subir ¿no? [risa] 2019.

Asistentes [aplausos]

Presidente Chávez Si ustedes quieren, si no quieren no vengo.

Conclusión

A lo largo de estas líneas he intentado conectar distintas dimensiones de análisis con el objeto de explorar las relaciones entre cesarismo, populismo y democracia en el caso venezolano. Quizás pueda vérselas como “narrativas del poder” que coexisten en la cultura política del país, pero que al mismo tiempo plantean serios desafíos no sólo para el ejercicio efectivo de la democracia moderna sino para los criterios de evaluación de la calidad democrática de los gobiernos. Los fenómenos que he examinado muestran una tendencia desinstitucionalizadora y despolitizadora de la esfera pública, regida así con una lógica del espectáculo que desplaza a la lógica de la representación política. Es interesante hacer notar que algunas manifestaciones (no sólo latinoamericanas) de esta lógica espectacular, como el fenómeno de desplazamiento o sustitución de las instituciones políticas por los medios masivos de comunicación, o los medios digitales, aparecen como un efecto de la masificación de ciertas tecnologías, y lo son sin duda; pero mucha de su estructura retórica y de las narrativas políticas que allí se desarrollan provienen de muy antiguo, adquiriendo nueva eficacia.

REFERENCIAS

- BAEHR, P. Y M. RICHTER 2004. "Introduction". *Dictatorship in History and Theory: Bonapartism, Caesarism and Totalitarianism*. P. Baehr and M. Richter, edit. New York, Cambridge University Press: 1-26.
- BELL, A. 2004. *Spectacular Power in the Greek and Roman City*. Oxford, Oxford University Press.
- CAPRILES, C. 2007. "Government, a Sunday Illusion: a Theology of Populism". *Paper presented at the XXVII International Congress of the Latin American Studies Association*, Montréal, September 5-8, 2007.
- CAPRILES, C. 2009. "Imaginarios democráticos: tensiones, oposiciones, continuidades". Versión preliminar preparada para el ILDIS, Fundación Friedrich Ebert, Caracas, agosto.
- DAVILA, L. R. 2006. "Momentos fundacionales del imaginario democrático venezolano". *Mitos políticos en las sociedades andinas. Orígenes, invenciones y ficciones*. G. Carrera Damas, C. Leal Curiel, G. Lomné and F. Martínez, edit. Caracas, Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar: 129-160.
- DELSOL, CH. 2007. "Populisme, démocratie et république". *Conferencia dictada en la Universidad Simón Bolívar*, marzo de 2007.
- HAZAREESINGH, S. 2004. "Bonapartism as the Progenitor of Democracy: The Paradoxical Case of the French Second Empire". *Dictatorship in History and Theory: Bonapartism, Caesarism and Totalitarianism*. P. Baehr and M. Richter, edit. New York, Cambridge University Press: 129-152.
- KORNBLITH, M. 2007. "Democracia directa y revocatoria de mandato en Venezuela". *International Conference Direct Democracy in Latin America*, 14-15 March 2007, Buenos Aires, Argentina. International Institute for Democracy and Electoral Assistance.
- LEVINE, DANIEL H. 2002. "The Decline and Fall of Democracy in Venezuela: Ten Theses." *Bulletin of Latin American Research* 21(2): 248-269.
- LACLAU, E. 2005. *La razón populista*. México, Fondo de Cultura Económica.
- LACLAU, E. 2006. "Consideraciones sobre el populismo latinoamericano". *Cuadernos del Cendes* 23, 62. CENDES, Centro de Estudios del Desarrollo, Caracas. Mayo-Agosto 2006.
- ONG, W.J. 1994. *Oralidad y escritura*, México, Fondo de Cultura Económica.
- POSADA CARBÓ, E. 2006. "Colombia en *Cesarismo democrático*". *Mitos políticos en las sociedades andinas. Orígenes, invenciones y ficciones*. G. Carrera Damas, C. Leal Curiel, G. Lomné and F. Martínez, edit. Caracas, Editorial Equinoccio, Universidad Simón Bolívar: 255-268.
- REY, J. C. 2008. *Personalismo o liderazgo democrático. El caso de Rómulo Betancourt*. Caracas, Fundación Rómulo Betancourt.
- TAGUIEFF, P.A. 1996. "Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real". *Populismo post-moderno*. F. Adler, T. Fleming, P. Gottfried, T. Luke, P. Piccone, P.A. Taguieff, C. Wilson, edit.
- TRUESDELL, M. 1997. *Spectacular Politics: Louis-Napoléon Bonaparte and the Fête Impériale, 1849-1870*. New York, Oxford University Press.
- VEYNE, P. 1976. *Le pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*. Paris, Éditions du Seuil.
- VILLARROEL, G. 2003. "Paradojas de la democracia en Venezuela: dualidad y conflicto en las representaciones y en la política actual." *Espacio abierto* 12 (1): pp. 63-93.